

MI TRAVESÍA DE MIGRANTE A LO LARGO DE TREINTA AÑOS

P. Flor Maria Rigoni*

“América Latina se entiende desde el mañana”, me decía un amigo cuando llegué a Tijuana hace treinta años. Yo venía de Europa y aún estaban frescos los diez años de experiencia en Alemania con migrantes italianos y también, algo menos, con turcos. Fue un *shock* cuyos efectos siguen sintiéndose, pero que hoy se vive como un nuevo amanecer día tras día.

América Latina se entiende desde el mañana [...]. Cuán cierta considero esta visión. Implica juzgar a América Latina en general y a México en particular desde la perspectiva de su caminar hacia el desarrollo, a veces chueco, pero proyectado a un más allá, lo que la gente resume en el dicho “es al andar que se hace camino” o lo que unos teólogos de Estados Unidos llaman “la concepción del *in/out*”, es decir, ver el entramado de un tapete desde su reverso. Esta premisa es para enmarcar la exposición de mis ideas, que probablemente sorprenderán a más de uno. No ofreceré estadísticas ni un análisis sociológico ni de ninguna otra índole. Les hablaré de mi camino desde que decidí emprender aquella aventura que se llama *migración en México*.

A comienzos de 1985, encontré un México que sospechaba del extranjero y se asombraba por toparse con un misionero barbón y con sotana, al que pronto personal de Migración le ordenó quitarse esa prenda porque portarla iba en contra de la ley. También intervinieron mi teléfono y el de la nueva casa de migrantes que abrí. Pasaba conmigo algo similar a las cacerías que realizaba la Border Patrol de los indocumentados en el Cañón Zapata: jugaban al gato y al ratón. Hoy tengo otra relación con los agentes de Migración, incluso llegué a ser miembro de su Consejo Consultivo durante diez años, de lo cual estoy agradecido.

Era el tiempo en que México, como ocurre en la mayoría de los países expulsores, empezando con mi Italia a finales del siglo XIX, consideraba la

* Director de la Casa del Migrante Scalabrini en Tapachula, Chiapas.

migración como una válvula de escape: eran bocas que ya no se tendría que alimentar aquí, era gente que no protestaría ni marcharía en contra del gobierno; por otra parte, muchos mexicanos resolvieron sus problemas de pobreza y aspiracionales *a pesar y a veces en contra* del propio gobierno.

Era también el tiempo de las guerras civiles en Centroamérica y muchos hoy olvidan el papel de México en relación con los refugiados de Guatemala en las lagunas de Montebello (en Chiapas), cuando abrió su frontera sur para que mucha gente pudiera pedir refugio en las embajadas ubicadas en la Ciudad de México y finalmente permitió la naturalización de cuarenta mil guatemaltecos al terminar la guerra civil en su país.

Hasta 2004 la migración no era un problema para México, en el sentido de que su población seguía yéndose al Norte, lo que incluso había dado lugar a la creación de toda una serie de corridos, anécdotas y otras manifestaciones del folclor que hacían de la migración indocumentada casi un orgullo, ante una cierta indiferencia complaciente de parte del Estado.

Los ojos de México estaban puestos, desde muchos años atrás, en el Norte, y las denuncias a Estados Unidos sobre el trato a los migrantes no pasaban de la narración de unas escaramuzas. Tal vez por este motivo pasó inadvertida la primera gran oleada de migrantes centroamericanos que se volcó hacia el Norte, pasando por México, al terminar la guerra civil, primeramente en Nicaragua, luego en El Salvador y finalmente en Guatemala.

México no estaba preparado y no reaccionó. Así como tampoco se dio cuenta pronto del nuevo espacio para la corrupción que se abría a lo largo de toda la ruta y que ofrecía tanto a oficiales de migración como a la policía municipal y estatal la oportunidad de permitir el paso de miles de estas personas mediante soborno.

Quiero recordar aquí la labor de parto en el Consejo Consultivo de Migración para preparar la primera ley de migración que sustituyera a la Ley de Población, muchas veces parchada y ya para entonces obsoleta. Este acto fue la primera gran apertura de México hacia la sociedad civil, incluyendo las redes de casas del migrante, las iglesias y muchas ONG. Fue un proceso largo y difícil donde a veces las partes hicieron del tema migratorio una plataforma política y pretexto para la exhibición de fuerza, acudiendo, incluso, a fuertes acusaciones.

La Ley de Migración de 2011 es, en mi opinión, una de las más abiertas a nivel mundial. Se termina con la percepción del extranjero como un proba-

ble subversivo, se concede el derecho a la salud pública a cualquier migrante y a la educación de sus hijos, independientemente de su estatus migratorio. Asimismo, se concede la residencia y luego la ciudadanía a los padres de un niño o niña que haya nacido en territorio nacional; además se otorga residencia y permiso de trabajo a toda víctima de explotación laboral o sexual, por citar algunos beneficios. Podemos quejarnos del servicio médico y de la calidad de la educación, pero son los mismos con los que cuenta todo mexicano.

Mientras tanto, en esos años México sufría en su territorio conflictos propios de una guerra contra el crimen organizado, donde también el migrante fue víctima de la barbarie y de una serie de trampas mortales —junto con otros ciudadanos— en esa especie de guerra civil no declarada que asolaba al país.

En este sentido, no concuerdo con ciertos análisis del mundo académico o de algunos activistas que concluyen que el migrante fue una especie de blanco escogido de antemano. México ayer y hoy ha estado sujeto a una violencia que se ejerce de manera indiferenciada, que golpea a personas de cualquier categoría.

En esos años el gobierno da los primeros pasos para acabar con la corrupción entre los oficiales de migración: las policías municipales y estatales ya no tienen derecho de revisar documentos migratorios, se despide a oficiales y delegados señalados por mala conducta, sin que esto signifique terminar de golpe con el problema, pues el mal no es algo que radique en una institución sea gubernamental o eclesiástica, ni siquiera en la sociedad como un conglomerado, sino en el corazón de cada uno de nosotros. Yo mismo no estoy exento.

“Vivir como topo”: la invisibilidad e insibilidad del migrante

La migración en tránsito es otro concepto que quisiera abordar. En mi opinión se puede hablar de migración en tránsito cuando un extranjero entra por un puerto de acceso y sale por otro. En México, desafortunadamente, el centroamericano que entra por el Sur sale siempre por el Sur, porque si pretende llegar al Norte se topará con un muro que México no ha erigido con ladrillos, así como el Este de Europa colocó un muro hecho de visas, lo mismo que Asia le hizo al Occidente.

Si no hay paso por México es porque no hay paso hacia fuera de México, y éste es, desde mi perspectiva, el núcleo del problema y quisiera ser franco:

un cierto populismo barato que pretenda otorgar visas a todos podría entenderlo en las plazas o en las marchas, pero no cuando nos sentamos a dialogar y hacer políticas públicas. ¿A qué me refiero?

Una migración indocumentada es siempre una denuncia contra el país expulsor y un reto para la nación de tránsito y la receptora. El país de origen expulsa por varios motivos, que van desde la violencia hasta la pobreza o el fracaso de políticas económicas nacionales o planetarias. El de destino, por lo general, quiere aprovechar al indocumentado según la lógica del *business are business*, y entramos en un juego de ping-pong: Estados Unidos, en materia de política migratoria, no ha llegado a acuerdos bilaterales o regionales que puedan presentarse como propuestas viables, como los *guest workers*, cuotas de ingreso más amplias, etcétera, y ha postergado muchos años la concreción de una reforma migratoria sólo por desacuerdos políticos. Además, la legislación migratoria relativa a los ciudadanos cubanos, por ejemplo, está marcada por la hipocresía y carece de lógica, pues hay personas en Centroamérica en circunstancias peores que las de Cuba, pero que son víctimas del doble rasero que aplica Estados Unidos en materia migratoria y no son atendidas sus necesidades tan sólo por no ser cubanos; no obstante, cabe destacar que con excepción de Guatemala y cinco estados fronterizos de México tampoco los gobiernos de este país y Centroamérica han buscado seriamente soluciones, al menos parciales, a la problemática.

Por tanto, la migración sigue siendo invisible para los gobiernos y la sociedad. Dicha invisibilidad condena al indocumentado a ser una especie de *res nullius*, es decir, “propiedad de nadie”, por usar la jerga marítima internacional, según la cual quien encuentra en mar abierto un objeto abandonado puede apoderarse de él; de lo que deriva el concepto de *inasible* aplicado al indocumentado por la Comisión Nacional de Derechos Humanos, lo que implica que no hay manera de ayudarlo mientras esté en esa situación.

En este sentido, hemos atestiguado con tristeza el saqueo perpetrado por muchos buitres, uniformados o no, en contra de estos invisibles indocumentados, por lo que definitivamente me pronuncio por una migración regularizada que proteja la dignidad, los derechos y la libertad de estas personas. No puedo aceptar que siga pasando lo que me escribía desde Los Ángeles, treinta años atrás, un joven exguerrillero nicaragüense: “Aquí vivo como topo. Saco la cabecilla y la meto luego luego por miedo a la Migra. Ésta no es vida. Vuelvo al monte, a mi tierra”.

Por otro lado, quiero denunciar con toda la fuerza que me dan los testimonios de miles de personas, en medio del llanto silencioso o convulso, ante la necesidad de sobrevivir a la persecución, a la corrupción aplastante y a la violencia: hoy de Centroamérica se sale, ante todo, por una violencia generalizada, como una forma de denunciar a un Estado fallido y porque no se quieren aceptar las condiciones de la Declaración de Cartagena sobre Refugiados, que México adoptó y aplica desde 1984.¹

Quiero compartir unas palabras que reflejan el nivel de inseguridad. Son de una madre que llegó a nuestro albergue con tres hijos pequeños: “Padrecito, créame: nosotros cargamos nuestro ataúd en la espalda día tras día, porque todo momento y todo lugar puede ser nuestro cementerio”.

Estas situaciones interpelan, primeramente, a los países expulsores, pero también, en cierta medida, a sus vecinos y a nuestra comunidad humana. La violencia y la pobreza estructural —es decir, la que ha perdido el componente de dignidad, porque hay una pobreza digna, la de mis padres y los de muchos de nosotros— vuelcan a miles de personas en el drama de una migración forzada. Como decía monseñor Scalabrini: “Tenemos la libertad de emigrar, más no la libertad de hacer emigrar”.² Si a esto añadimos la falta de oportunidades, una burocracia a veces asfixiante, la corrupción, entre otros factores, entonces los planes de los migrantes se vuelven ceniza y, como afirma un colega, hermano mío, el padre Mauro, “cuando el sueño es aplastado, se aplasta la utopía de la historia”.

Estamos presenciando cómo un recolector de basura se lleva los sobrantes de nuestros países. Y uso las palabras “sobrantes” y también “residuales” no porque el papa Francisco las haya difundido a nivel mundial, sino porque Zygmunt Bauman las usó primero y hoy ha llegado un papa que habla como nosotros que estamos en la frontera y en las periferias del mundo, y la migración es hoy una periferia para la política, la economía y la planeación económica.

Otro aspecto que hoy está caracterizando a la migración es que en su mayoría procede del triángulo norte de Centroamérica, marcando una dife-

¹ Véase <<http://www.acnur.org/t3/fileadmin/scripts/doc.php?file=t3/fileadmin/Documentos/BDL/2001/0008>>. [Nota de los editores.]

² Se refiere al italiano Juan Bautista Scalabrini (1839-1905), quien, entre otras obras relativas al fenómeno de la migración, funda la congregación de los Misioneros de San Carlos, más conocidos como los scalabrinianos, el 28 de noviembre de 1887, y las Misioneras de San Carlos o scalabrinianas, el 25 de noviembre de 1895, con el fin de apoyar a los migrantes italianos en su búsqueda de mejores condiciones de vida para ellos y sus familias. [Nota de los editores.]

rencia parcial con la migración, digamos, clásica, y desde hace unos ocho años me refiero a ella usando el concepto de *flujos erráticos*. Consiste en movimientos de personas que se han *colado* a la migración clásica y están distorsionando el perfil del migrante: son exsoldados, exguerrilleros y expandilleros, de cualquier denominación, que de repente pasan de ser protagonistas a individuos “superfluos e innecesarios” y buscan fuera de ese territorio que los ha desechado un nuevo papel de *prima donna* que los reubique en un primer sitio. Esto ha hecho de la migración a través del sur de México un río revuelto, donde junto a migrantes comunes viajan miembros del crimen organizado.

Otra cuestión destacable es la tristeza sentida por un México que no cumple con su política de refugio. Su asistencia hospitalaria, sus puertas abiertas para el refugiado son cosa del pasado y no quisiera hablar más del difunto. En resumen: hoy la política de refugio se ha reducido a mera limosna y pido perdón a todos por mi conclusión.

Termino esta sección de mi testimonio citando el concepto de *migration as a gauge of a society* (“la migración como detector de fallas de nuestra sociedad”), acuñado en los años sesenta por nuestro primer Centro de Estudios Scalabriniano sobre Migraciones a partir de la idea de que si la migración se vuelve un problema, significa que algo está dañado y alguien está invitado a repararlo.

Enseñanza del migrante en mi vida

Ahora hablaré de lo que el migrante me ha enseñado y, apoyándome en lo dicho por un buen proverbio mexicano, “le hablaré a la nuera para que entienda la suegra”.

Llegué a Tijuana después de trabajar diez años en Alemania, donde todo estaba ya organizado, previsto y, en lo general, cumplido. Mi primera impresión fue la de un caos codificado, pero al final de cuentas ordenado. Aprendí a inventar día tras día motivos para mi esperanza. Lo que me parecía imposible siempre tenía una solución y empecé a dejar a un lado la lógica y a aventar mi corazón, como ellos, los migrantes, más allá de todo muro; a soltar mis globos para que volaran por encima de las zanjas y los desfiladeros. En nuestra sociedad, la esperanza se sustenta en la programación y la tecnología, por lo

que al haber una falla todo el engranaje se atora. Ellos ven el sol durante la noche, lanzan un puente sobre el vacío, se levantan desde sus cenizas. Delante del olvido resurgen, pese al rechazo vuelven a nuestra puerta, al toparse con un muro brincan al otro lado. Cuando el derecho es pisoteado inventan la gratuidad, cuando son deportados cambian de ruta y vuelven a apostar. No conocen el momento de aventar la toalla y me contagiaron del mañana.

Diría que es la visión del pobre, del desesperado, de quien lucha por la sobrevivencia y no tiene nada que perder. *Su ruleta rusa sigue disparando cartuchos.*

Apuesta sobre nuestra sociedad egoísta

El migrante lanza su apuesta más allá de todo muro, apuesta que alguien le abrirá camino, que le tenderá la mano, que habrá un corazón compasivo. Es un reto hacia una humanidad de dignidad que no ha muerto todavía en los migrantes, a diferencia de nuestras sociedades egocéntricas, discriminadoras y miedosas de abrir una puerta. Una vez que están en nuestro lado —me refiero a la zona de los que están bien o mejor y ven a quienes tocan a su puerta como pordioseros y miserables—, los migrantes nos ven con ojos de bondad y esto es lo que siembran en el rechazo, seguros de que algo brotará.

Aquí se contraponen dos mundos divergentes: el del egoísmo y el miedo que rechazan al migrante y el de un pueblo en camino que ve grietas de posibilidad en este muro aparentemente compacto. En mi experiencia, este aspecto es de los más destacables. Es casi la imagen del cordero que mira al lobo y le dice: “al final de cuentas, yo sé que podemos convivir y tú no eres eso que pintan o que tú mismo te crees”.

Dicho de otra forma, del mismo modo que ninguna tecnología pudo hasta nuestros días detener los flujos migratorios, así ningún egoísmo logrará cerrar el paso a un corazón abierto o a una mano tendida hacia quien la necesite. En la cadena del egoísmo hay siempre más de un eslabón que se rompe y se abre una oportunidad.

Ésta es también una visión que los migrantes me han enseñado, que me he apropiado hasta hacerla mi segunda piel y me invita a la contemplación. Tal vez les parezca extraña esta forma de hablar, pero cuando la esperanza y la lógica parecen morir, se nos abre una vía hacia lo alto, más allá de las nubes y de las murallas, y se los demuestro.

Los partidos xenófobos, las políticas restrictivas, los medios que pintan a los indocumentados como sucios, terroristas —simplemente como desgracias— se toparán siempre con muchas personas dentro de sus propios círculos y sistemas que romperán sus cadenas, porque la compasión es como el agua que se escurre por todo tipo de fisura. En el umbral de nuestras fronteras y de nuestras puertas acorazadas, habrá siempre alguien cuya mirada desarmada tornará su vulnerabilidad en una mano extendida, en un salvoconducto. Es la ley de *La divina comedia* de Dante: el *contrapaso* o *ley de la represalia*. Delante de toda acción se desata una opuesta, y así como toda represión engendra a la larga una revolución, en esa misma lógica, todo rechazo prepara una acogida.

Visión desde el mañana

Como mencioné antes, el migrante rompe con su pasado y su presente. Son recuerdos y experiencias de rupturas, pesadillas, hambre y violencia, sobre todo en estos últimos años y en ciertas áreas geográficas. Él ha conocido muchas veces una tierra amarga que ha borrado el concepto y la relación con la *pachamama* (Madre Tierra), gobiernos corruptos que han aniquilado el sentido de patria. Para los pobres y el migrante en primer lugar, no hay un miedo definido, hay tan sólo un proyecto afianzado en el mañana. Han tocado fondo y cualquier solución es válida. Esto pinta a dos mundos opuestos: el industrializado y rico convertido en un búnker y amenazado por un futuro incierto y oculto, y el otro, definido por lo contrario, por un futuro abierto a un sinnúmero de oportunidades para el migrante. Nos hallamos frente al dualismo de la luz y la oscuridad.

A diferencia de la mayoría de nosotros, el migrante parte sin una tarjeta de crédito en su bolso, a veces sin siquiera una dirección, un número de teléfono, una promesa. La única certeza es su esperanza y la fe ciega de encontrar un alguien que le brindará ayuda, aunque ésta consista tan sólo en indicarle el camino. Es una libertad fundamentada en su desnudez, en la experiencia del día a día por la cual vino sobreviviendo en medio de la miseria, de la persecución o la violencia generalizada.

En contra de lo que piensan la autoridad y mucha gente, el migrante cruzando una frontera no tumba un muro ni rompe un cordón de seguridad, sino

que tiende un puente y une su pasado con el futuro del país que lo acoja, a través de un arcoiris de razas, culturas y tradiciones.

Durante años, Estados Unidos se ha autodefinido como el *melting pot* resultado de la confluencia de millones de migrantes. Tal vez podría aceptar ser bautizado con un nuevo nombre que lo defina como la aldea global de un mañana sin fronteras, y México, que siempre mira hacia al Norte, es momento de que regrese a su realidad, como país *del cerca y del junto*, como los aztecas llamaban a dos de sus dioses.³ Los muros de hoy serán sitios arqueológicos para el turismo del mañana...

Concluyo con un poema de mi autoría:

Nuestra *shoah* olvidada

Es un río humano
 escurriendo de Sur a Norte, de Este a Oeste.
 Un entramado de torrentes arroja a otros peregrinos
 en carrera contra el hambre y la violencia.
 Son las venas abiertas de América Latina
 que aún se niegan a sanar.
 Ya no son las minas ni la viruela
 quienes diezman a nuestra gente:
es la pobreza violada en su dignidad...
y se ha volcado a la migración.
 Son migrantes y deportados...
 hay también refugiados y desplazados.
 Han abierto veredas nuevas
 en el desierto y la montaña.
 Son bocas que salen sobrando,
 desterradas por una patria amarga.
 Salen callados en procesión,
 enterrados vivos, que andan como fantasmas.
 Como en la *shoah* de ayer,
 hay trenes y vagones,

³ Se refiere a Tláloc (dios de la lluvia) y a Ehécatl (dios de los vientos), señores de lo cerca y del junto. [Nota de los editores.]

además balsas, pateras y camiones.
Y hay buitres de muchos uniformes.
Para unos el camino es su cementerio,
para otros un campo minado,
donde alambradas de púas
los enjaulan como andrajosos.
Han aventado su corazón más allá de los muros,
se han brincado fronteras custodiadas,
han llevado el vuelo del Cóndor y del Quetzal
en la patria del mañana.
Ayer fueron seis millones,
hoy son muchos más, sin nombre, sin rostro,
hijos de un pasado donde aprendieron
a inventar un canto desde sus cenizas.
Pupusas, Tacos y Tortillas, Arepas y Tequila
son símbolos de dolor y nostalgia,
y también de fiesta.
Les dieron muchos nombres,
mojados, *wetbacks* e indocumentados;
alguien apretó el gatillo y les dijo: *criminales*.
Ellos siguen
lanzando puentes sobre nuestro mañana.
Los contemplé un día pasar bañando mi orilla:
les pedí un aventón
como extranjero entre cuates.
Me subieron a un tren
y mi camino sigue aún con ellos.